noticia ese mismo dia de que al siguiente se preparaban los enemigos á atacar la ciudad, y como no juzgaba aún á sus soldados en estado de combatir en una nueva accion, dispuso abandonar la plaza, y á las doce de la noche dió órden á los cuerpos de que estuviesen listos para marchar.

En efecto, al amanecer del dia 12 salieron varios cuerpos de infantería y toda la caballería, y acamparon en el camino del interior á una legua de distancia, regresando luego á la ciudad en cuanto se supo con toda certeza que el enemigo nada intentaba por entonces.

Pocos dias despues se recibieron noticias seguras de que el general Taylor iba ya verdaderamente á verificar el paso del rio para atacar á Matamoros. Por este motivo reunió el general en gefe una junta de guerra, á la que asistieron los generales Ampudia, Requena, Torrejon, Jáuregui, García y Morlet, y el coronel Uraga, y en ella hizo presente lo que sabia, escitando á cada uno para que con la mayor sinceridad y franqueza espusiese su parecer, que atenderia en lo que mereciera, salvo siempre el derecho que le correspondia, como único responsable, de resolver lo que estimara mas acertado.

Las opiniones en la junta estuvieron conformes en cuanto á que la plaza no era defendible; y solo variaron en que unos querian abandonarla con tiempo, antes de que estuvieran encima los enemigos, y otros pretendian que la retirada se verificara bajo sus fuegos, persuadidos de que así se salvaba el honor de nuestras armas.

Concluida la junta, se mandó al general Requena de comisionado al campo enemigo á solicitar un armisticio, que le fué negado por Taylor. Esta circunstancia acabó de decidir á Arista á dar órden para la definitiva desocupacion y abandono de la ciudad; y en consecuencia, á la una salió la caballería, y á las cinco los cuerpos que formaban la 2.ª brigada de infantería. La tropa hizo alto en el llano de Doña Rita, á orillas de Matamoros.

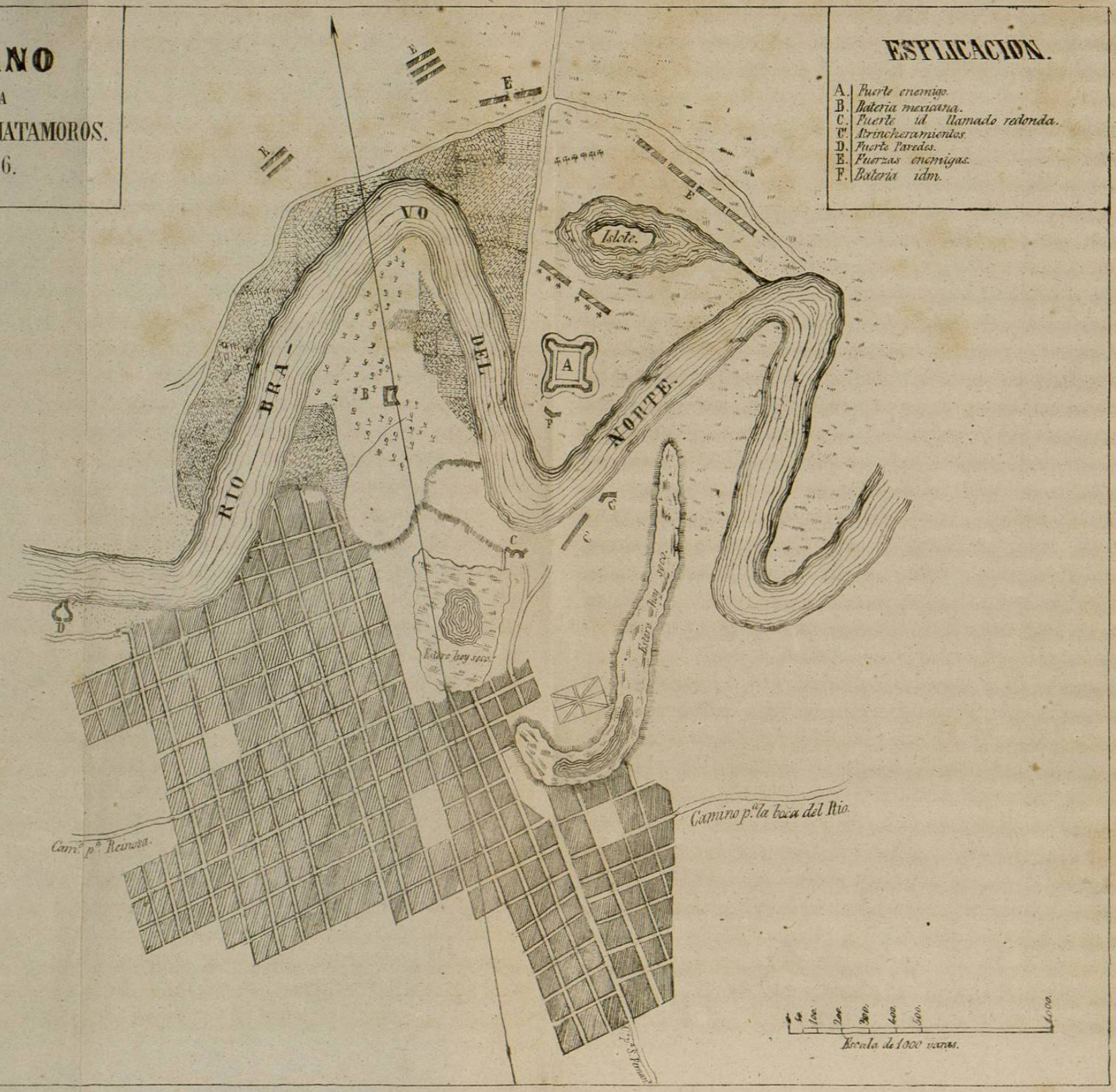
La salida del parque, los trenes y el material de guerra que nos quedaba, ofrecia las dificultades consiguientes á la escasez de medios de trasporte. Despues de mil pasos y tropiezos, se consiguió que el prefecto proporcionara unas cuantas carretas, tiradas por bueyes, en las que se acomodó el parque que se pudo, y que salian de la ciudad inmediatamente que se cargaban.

Al oscurecer comenzó la retirada, que se efectuó en el órden siguiente. Abria la marcha el general en gefe con la 2.ª brigada de

PLANO
DE LA
CIUDAD DE MATAMOROS.
1846.

ESPLICACION.

A. Fuerte enemigo.
B. Bateria mexicana.
C. Fuerte id llamado redonda.
C'. Atrincheramientos.
D. Fuerte Paredes.
E. Fuerzas enemigas.
F. Bateria idm.



lit. de P. Blanco.

PLANO
DEL
Pais situado al NE. de la Ciudad de
MATAMOROS.
1846.

ESPLICACION.

X. Sitio en donde fueron las acciones de guerra
A. Campam.to del Gen.l Taylor el 15 y 16 de Mayo con 2000. hombres.
B. Campam.to del Gen.l Smith el 15 y 16 de Mayo con 1500. volunt.s de la Luisiana.
C. Camp.to de 600. homb.s venidos del Brazo de Santiago p.r la boca del rio a. la Burrita.

lit de P. Blanco.

Lr. C.e de Plateros n.o 15.

infantería, la artillería y las carretas del parque: seguia la 1.ª brigada de infantería, y la caballería cubria la retaguardia. El general Canales, con la escasa fuerza que le quedaba á consecuencia de la desercion que tuvo, tomó el rumbo de las villas del Norte. A las dos de la mañana llegó el ejército al rancho de la Venada, distante cuatro leguas de Matamoros.

En esta ciudad habian quedado abandonados á la generosidad del enemigo mas de 400 heridos. Entre estos hubo algunos que, al saber la retirada del ejército, salian de los hospitales y seguian á sus cuerpos arrastrándose por el suelo y dejando un rastro de sangre. Aquellos desventurados preferian toda clase de padecimientos al de quedar desamparados en una poblacion en que temian que el vencedor los tratara con crueldad.

Quedaron tambien en la ciudad todos los equipajes de los gefes y oficiales, las mayorías, cajas y depósitos de los cuerpos: cinco piezas de artillería que se dejaron clavadas: la gran parte del parque que no cupo en las carretas se arrojó al rio ó se inutilizó completamente, para evitar que cayese en poder de los americanos, que tomaron posesion de Matamoros el dia 18.

La imparcialidad nos obliga á decir en este lugar, que mientras un acopio considerable de parque quedaba abandonado; mientras se dejaban clavadas las piezas de artillería; mientras los infelices soldados tenian que ir cargando los calderos en que habian de hacer sus comidas, hubo varios generales que llevaban muchas mulas de carga con sus trenes, sus equipajes y cuanto podia servir para su comodidad y recreo! . . . .

La division continuó su marcha para el rancho del Medraneño. Desde entonces empezaron los padecimientos sin número de aquella memorable retirada. El general en gefe se habia decidido á seguir el camino que se habia tomado, por ser el que mas directamente conduce á Linares, punto estratégico, en que situadas nuestras tropas, podian amparar á Monterey ó á Victoria, segun la direccion de las fuerzas enemigas. A esta ventaja, no despreciable en verdad, servian de contrapeso inconvenientes muy graves, porque la ruta preferida se aleja de las poblaciones en que habia recursos, para entrar en el desierto. Ademas, el ejército carecia de toda clase de víveres, y en gran parte del camino no se encontraba agua, cuya falta era sobre todo la que mas sufrimientos debia ocasionar á los soldados.

Llegóse el 19 al punto del Ebanito, donde se tuvo noticia de que 300 caballos enemigos habian salido de Matamoros en persecucion de los que se retiraban. El 20 se acampó en la Nutria: el general en gefe tomó las precauciones convenientes para evitar una sorpresa. El 21 se permaneció toda la mañana en el campo en espera de los enemigos, que se supo despues habian contramarchado á Matamoros: á las cuatro se continuó la retirada. Una hora llevarian las tropas de marcha cuando empezó á llover á torrentes; el aguacero duró toda la noche. Los soldados lo consideraron como un beneficio de la Providencia: muertos de sed, sin agua con que mitigarla, la que caia de las nubes vino á proporcionarles un alivio inestimable, que de ninguna otra manera se hubiera logrado; por eso lo recibieron casi con la misma gratitud que manifestó al Dios de los ejércitos su pueblo escogido cuando le envió el maná, tambien en un desierto, para satisfacer el hambre que lo atormentaba.

Pero la desgracia del ejército era tal, que lo mismo que por una parte disminuia sus sufrimientos, los aumentaba por otra. Aquella agua cuya abundancia habia satisfecho su sed, inutilizaba el camino y lo hacia casi intransitable para los soldados, que iban ya rendidos de cansancio, enfermos, macilentos, sin fuerzas y sin valor. Su alimento se reducia á carne de vaca, cocida en los calderos que iban cargando desde Matamoros, y que por escasa no bastaba para saciar su apetito. Desalentados, por fin, hasta el último grado, no habia esfuerzos capaces á decidirlos á que continuasen la marcha: se arrojaban por tierra y quedaban como sepultados en medio del fango! . . . .

El 22 se llegó al llano de la Esperanza, donde se hizo alto para que la tropa secase sus vestidos: para que no faltara que comer, se mataron algunos de los bueyes que llevaban las carretas de parque y varias piezas de artillería. El número de estos útiles animales disminuia notablemente: á mas de los que se mataban para alimentar á los soldados, muchos habian muerto de resultas de la tormenta del dia anterior: los que quedaban se hallaban cansados y casi incapaces de seguir sirviendo. Por falta de su auxilio fué necesario ocultar el parque en los bosques, y que los infantes llevaran á mano las piezas. La caballería habia perdido tambien un gran número de caballos, de manera que se veian muchos dragones á pié cargando sus sillas.

En esta disposicion se prosiguió la marcha á las cinco de la tarde: á las dos de la mañana se llegó al campo del Calabozo. La pa-

ciencia y el sufrimiento habian acabado ya, y soldados hubo que se suicidaron en un momento de desesperacion.

Se llegó el 23 á la Gruñidora: el 24 al Aguaje de Todos Santos: el 25 á la hacienda de la Vaquería: allí se encontraron los recursos que eran ya enteramente indispensables despues de tantos dias de miseria y de padecimientos.

Acampó el 26 la caballería en la hacienda de la Trinidad, y la infantería en el rancho de la Pomona. El 27 se encontraron en la hacienda de Guadalupe víveres en abundancia venidos de Linares, adonde se llegó el 28.

En la marcha de ese dia acaeció la sensible muerte del general García, sugeto pundonoroso, honrado y valiente. Su repentino fallecimiento se atribuyó al sentimiento profundo que le causaron las desgracias del ejército y de la patria.

La noticia de nuestros desastres, esparciéndose por toda la república con la rapidez que siempre acompaña á las malas, destruyó la lisonjera esperanza que se habia concebido del triunfo. El gobierno supremo, cuyas disposiciones irreflexivas habian contribuido de un modo eficaz al fatal éxito que se lamentaba, quiso que recayera sobre el general Arista toda la responsabilidad; le quitó el mando del ejército, y sujetó á un juicio su conducta. El 3 de Junio se recibió en Linares la órden de la destitucion, en virtud de la cual se encargó del mando el general D. Francisco Mejía.

De esa suerte terminó lo que podemos llamar la primera parte de la campaña. El ejército, detenido en Linares, esperaba los refuerzos que tanto necesitaba para continuar la guerra y detener los avances del enemigo. Sus esperanzas salieron fallidas: un nuevo escándalo derrocó al gobierno funesto, que dejaba una memoria de ignominia: los refuerzos no llegaron en el número necesario ni con la oportunidad debida; y el ejército, contra cuya conducta empezó desde entonces á clamarse violentamente, continuó desprestigiándose y siendo víctima de una serie de faltas verdaderamente inconcebibles.